
Montero Fenollos, Juan Luis (2025)
Mesopotamia. Historia de la tierra de Gilgamesh.
Córdoba: Erasmus Ediciones, 368 páginas.
ISBN 978-84-10199-31-6

Victoria Sambuelli*

El autor del libro aquí reseñado, Juan Luis Montero Fenollós, es doctor en Historia por la Universidad de Barcelona. Fue investigador del Instituto del Próximo Oriente Antiguo de esa misma institución y actualmente se desempeña como profesor titular de Historia Antigua en la Facultad de Humanidades y Documentación de la Universidad de La Coruña (Galicia, España). Además, forma parte del Grupo Interdisciplinar de Patrimonio Cultural y Geológico (CULXEO) y dirige el Proyecto Arqueológico en Tell el-Far'a: del Bronce Antiguo al Hierro en el norte de Palestina.

A partir de su amplia experiencia como arqueólogo e historiador, construye un libro sobre las civilizaciones que habitaron la zona de los valles del Tigris y del Éufrates, a la que denomina “la tierra de Gilgamesh”, en alusión al legendario rey de la conocida epopeya que lleva su nombre.

Este poema es utilizado no tanto como una fuente histórica directa, sino como eje estructural del libro que, en diálogo con la evidencia arqueológica y los documentos textuales del Próximo Oriente Antiguo, permite abordar los temas centrales presentes en la narración.

El propósito del libro es acercar al público general y también a los especialistas al conocimiento de los grandes aportes de las sociedades mesopotámicas a la historia universal. El volumen cuenta con un prólogo, un capítulo final titulado “El futuro de un legado excepcional”, un epílogo, una sección de lecturas recomendadas, una cronología y un glosario básico. El recorrido histórico abarca desde el Bronce Antiguo hasta la Edad del Hierro, cubriendo más de dos mil años de historia y centrándose especialmente en ciudades emblemáticas como Babilonia, Assur y Mari.

*Universidad Nacional de Rosario, Argentina.
E-mail: vickisambuelli@gmail.com



Tras la finalización del prólogo escrito por Jordi Vidal, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, quien presenta el libro como el “legado intelectual” de Fenollós, una síntesis de sus conocimientos arqueológicos e históricos sobre el tema, Fenollos comienza con su libro. En el primer capítulo titulado “*Érase una vez Mesopotamia*” realiza una introducción panorámica a la región, a sus excepcionalidades, y a las problemáticas históricas y conceptuales que guiarán toda la obra.

Presenta a Mesopotamia como el escenario donde surgieron algunos de los hitos fundamentales de la civilización: la vida urbana, la escritura, la organización jurídica, y los primeros textos literarios. Para él, esta tierra no puede comprenderse sin sus “siete maravillas”, las cuales va a estructurar en forma de ejes temáticos: el agua, fuente de vida y destrucción; la ciudad, símbolo de civilización; la realeza, garante del orden y mediador ante los dioses; la justicia, famosa por el código de Hammurabi; la escritura, producto de una larga evolución; la religión, omnipresente en la vida social; y la muerte, temida y ritualizada, origen de numerosas leyendas.

Posteriormente, problematiza la definición misma de “*Mesopotamia*”, un término de origen griego que significa “*tierra entre ríos*” acuñado mucho después de la existencia de las entidades políticas de la región. Para el autor, se trata de una categoría geográfica moderna que simplifica una realidad histórica sumamente compleja, atravesada por la diversidad cultural de sumerios, acadios, babilonios, asirios, entre otros. Aunque otros conceptos como “*Creciente fértil*” u “*Oriente cuneiforme*” han sido propuestos, el autor opta por mantener el término “*Mesopotamia*” debido a su peso historiográfico y su capacidad de referir, de forma general, a las civilizaciones desarrolladas entre el Tigris y el Éufrates. No obstante, el concepto tiene limitaciones. Fenollós recuerda que el descubrimiento de Ebla (1964), fuera de la cuenca de tales grandes ríos pero claramente mesopotámica en su cultura, llevó a proponer el término “*Gran Mesopotamia*”, un espacio amplio que unía el Mediterráneo oriental con los montes Zagros, y que actuó como cruce de civilizaciones entre Asia y África.

Otro elemento central es la geografía interna de la región, marcada por la distinción entre Alta (septentrional) y Baja (meridional) Mesopotamia, cuyas fronteras no fueron rígidas y concretas como en la actualidad, sino móviles y difusas a lo largo de su historia.

El capítulo también recorre de forma sustancial la historia de la arqueología mesopotámica y la asiriología, tomando como punto de partida los descubrimientos de Paul-Émile Botta en 1843. Reflexiona sobre la llamada “arqueología bíblica”, como la misma está inmersa en

la competencia colonial entre potencias europeas y la tardía incorporación de España a las excavaciones en la región. Explica además la importancia metodológica de los *tell* como espacios fundamentales para la reconstrucción histórica.

En cuanto a la asiriología, traza un recorrido histórico y conceptual de esta disciplina, comenzando por los orígenes vinculados a los descubrimientos arqueológicos en la región de Mosul, al norte de Iraq. En sus inicios, el asirólogo era ante todo un descifrador de textos cuneiformes, sobre todo en lengua acadia. Actualmente, la disciplina integra a todos aquellos estudiosos dedicados al análisis de los textos escritos en cuneiforme, lo que consolidó un campo de investigación especializado y restringido a un reducido grupo de expertos centrados en el Próximo Oriente antiguo.

Uno de los principales desafíos y logros que enfrentó esta ciencia fue el desciframiento del acadio, lengua de los asirios. Sin embargo, este avance sigue siendo parcial: a pesar de que se descubrieron aproximadamente un millón de objetos con escritura cuneiforme, que sus descubridores dispersaron en diferentes lugares del mundo para ser sobre todo parte de colecciones de museos, una importante cantidad de ellos permanece inédita o sin traducir completamente. Esta situación se debe a la falta de especialistas y sobre todo, la descontextualización de las piezas, apartadas de su lugar de encuentro arqueológico, lo que produce una reconstrucción histórica incompleta y/o errónea. Fenollos por lo tanto, al final del apartado, subraya la necesidad de una lectura integrada de las evidencias escritas y arqueológicas, valorando y enfatizando en la interdisciplinariedad de los análisis que construyen la historia.

Finalmente, el capítulo cierra con una periodización clásica de la historia mesopotámica, centrada en grandes etapas cronológicas más que en divisiones regionales o tecnológicas, que servirá como base para el desarrollo del resto del libro.

En síntesis, este primer capítulo cumple una función introductoria y fundacional: sitúa al lector en el espacio y el tiempo, define conceptos, problematiza categorías y establece los ejes temáticos, cronológicos y metodológicos que ordenan la obra.

En cuanto a las condiciones naturales de la región, estas no eran especialmente las mejores, dependiendo de la zona se encontraban suelos irregulares y escasez de materias primas como el cobre, la madera o la piedra, no obstante, los mesopotámicos supieron sacar provecho de su mayor tesoro: el agua, o como la llama Fenollos “el milagro mesopotámico” (p. 73).

Los ríos Tigris y Éufrates constituyeron el eje sobre el que se estructuró la civilización mesopotámica. A través de una gran red de canales, estos ríos no solo irrigaron los campos y sostuvieron la agricultura, sino que también funcionaron como arterias de comunicación que unieron ciudades, difundieron ideas y facilitaron el comercio. El agua, entonces, aparece como principio creador, como un elemento que dio forma a la vida social, económica y cultural de toda la región. El autor dedica parte del capítulo 2 a describir con detalle las características de cada río, los paisajes que los rodean y la manera en que definieron el modo de vida mesopotámico.

Sin embargo, el agua tiene otra cara. La misma potencia que daba vida a estas civilizaciones la podía destruir. Las crecidas repentinas y las inundaciones convierten a esta fuerza vital en una amenaza latente. Ante esta dualidad los mesopotámicos desarrollaron sistemas de control hidráulico y, al mismo tiempo, un imaginario religioso y literario. Un ejemplo notable se encuentra en la tablilla XI de la *Epopeya de Gilgamesh*.

La palmera también ocupa un lugar destacado en este capítulo. Este árbol, fue emblema de fertilidad, riqueza y prosperidad. Su cultivo se concentraba en las cercanías de los ríos y canales, debido a que necesitaba de abundante agua. Este árbol fue esencial para la vida mesopotámica, de él se aprovechaba todo: los dátiles (eran parte de la dieta mesopotámica y materia prima para hacer su cerveza), las hojas, las fibras y el tronco, que servían para fabricar utensilios, esteras y cuerdas.

El capítulo concluye con una reflexión que resume el espíritu de la obra: “La historia de los pueblos mesopotámicos se construyó gracias al valor de sus dos grandes autopistas: los ríos Tigris y Éufrates. Dominar y mantener la regularidad de este sistema fluvial fue la piedra angular sobre la que los diferentes monarcas cimentaron la prosperidad de sus reinados” (p. 97). Fenollos, nos demuestra que el agua no fue solo un recurso natural más para la civilización mesopotámica sino que fue el pilar fundamental que va a dar vida y sustento a sus pueblos, siendo fundamental para su geografía, economía, religión e imaginario social . El capítulo “Ciudad” aborda el nacimiento de la vida urbana en Mesopotamia, la cual alcanzó su máximo desarrollo con los imperios neo-asirio y neo-babilónico, cuyas capitales —Dur Sharrukin y Babilonia— representan la culminación de una civilización urbana. El autor destaca que no fue un proceso repentino el surgimiento de las ciudades, sino el resultado de un largo desarrollo, fue una creación consciente que respondió a nuevas necesidades económicas, políticas y religiosas, tenían rasgos fijos y eran la residencia de su dios protector.

El autor dedica la segunda parte del capítulo a las dos grandes capitales nombradas más arriba: Dur-Sharrukin y Babilonia.

Dur-Sharrukin, fue la ciudad ideal fundada por Sargón II para perpetuar su nombre. Su trazado, expresa la estructura del Estado imperio asirio: la muralla como emblema del poder, la ciudadela real como centro del gobierno y la ciudad baja como representación del pueblo. Fenollós también destaca los famosos toros que custodiaban los accesos a la misma, esculturas que representaban la ideología y la estética del Imperio asirio.

En tanto, Babilonia es presentada como “el centro del universo”. El autor analiza su historia, desde su descubrimiento arqueológico por Robert Koldewey hasta el análisis de sus construcciones más célebres. Problematiza la existencia de los jardines colgantes en Babilonia y subraya el valor simbólico de la Puerta de Ishtar, reconstruida hoy en el Museo de Pérgamo de Berlín. También menciona la importancia de las murallas, los templos dedicados a Marduk y los tres palacios de Nabucodonosor II.

En el siguiente capítulo, se analiza el surgimiento de la monarquía en Mesopotamia, un proceso histórico complejo que acompañó la formación del Estado. Lejos de concebir la monarquía como una institución plenamente establecida desde sus inicios, el autor la interpreta como el resultado de una lenta evolución. A partir de esta perspectiva, hace énfasis en la relación entre la autoridad política y el control del agua, elemento clave de la naturaleza para el desarrollo de las civilizaciones del Tigris y el Éufrates. Por eso, una de las hipótesis historiográficas clásicas es llamar a este tipo de poder “monarquías hidráulicas” o “fluviales” al situar el origen del poder en la capacidad del Estado para organizar y administrar los sistemas de irrigación. No obstante, si bien el autor retoma esta hipótesis, no la considera la única explicación posible para el surgimiento del Estado en Mesopotamia.

Subraya cómo el poder de los reyes acadios se basó en una política expansionista e imperial, con un marcado esfuerzo por centralizar la autoridad, sin embargo, el poder real se fue consolidando lentamente hasta alcanzar formas de gobierno cada vez más autoritarias.

A su vez, aborda la diplomacia entre los pueblos del Cercano Oriente y la compleja cuestión de la sucesión, mencionando la institución Asiria llamada *bit reduti*, “la casa de la sucesión”. Además, dedica atención a figuras femeninas de poder y al palacio como símbolo material de la monarquía, ejemplificado en el Gran Palacio de Mari.

En el capítulo cinco “Justicia”, se plantea que ella ocupaba un lugar central en la vida mesopotámica. Se destacan seis grandes recopilaciones legales: las Leyes de Ur-Namma, las Leyes de Lipit-Ishtar, las Leyes de

Eshnunna, el Código de Hammurabi, las Leyes Asirias Medias y las Leyes Babilónicas. Todas comparten una formulación casuística, es decir que, determinada acción tenía una determinada consecuencia.

Se centra en la figura de Hammurabi, relatando su ascenso al trono y su consolidación como soberano. Su autoridad política se reforzaba con una dimensión moral: el rey, elegido por el dios Shamash, debía garantizar la equidad y la estabilidad en sus dominios, naciendo así la propaganda de “rey justo”. Esta visión se materializa en su célebre estela, el Código de Hammurabi, tallada en basalto negro que hoy se conserva en el Museo del Louvre, pero que se cree que estuvo originalmente en la ciudad de Sippar. El relieve que corona la estela tiene un profundo simbolismo: el encuentro entre un dios, Shamash, y un rey, Hammurabi.

El texto grabado en la estela se compone de tres partes: prólogo, cuerpo legal y epílogo. Los pasajes introductorios y finales, escritos al final del reinado del monarca, ofrecen una valiosa ventana a la historia, la religión y la estructura social de Babilonia, dividida en tres clases: *awilu* (hombres libres), *mushkenu* (subordinados) y *wardu* (esclavos). El cuerpo legal contiene 282 disposiciones que abarcan lo que hoy podríamos llamar, no sin diferencias, el derecho penal, civil y administrativo. En el epílogo, Hammurabi manda a grabar una maldición divina contra quienes alteren o desobedezcan su obra, reforzando así su carácter sagrado. Un tema recurrente en estas normas es la familia, con regulaciones sobre matrimonio, herencia, divorcio, adulterio, incesto, adopción y viudez, lo que evidencia una preocupación por preservar el orden social desde el núcleo doméstico.

Entre las innovaciones de tal antiguo texto, Fenollos destaca la introducción de la ley del talión, expresada en la célebre fórmula “ojos por ojos, dientes por dientes”.

En la parte final del capítulo, el autor se pregunta qué fue realmente el mal llamado “Código” de Hammurabi. Su primer traductor lo consideró un verdadero código de leyes; sin embargo, hoy esa definición es cuestionada, ya que más que un cuerpo normativo obligatorio, fue una compilación de sentencias ejemplares, recopiladas a partir de la tradición y la costumbre. En este sentido, su función no fue legislativa sino más bien ejemplar.

En el capítulo seis, titulado “Escritura”, se relata el surgimiento de la escritura, subrayando que fue el resultado de un largo proceso de gestación que se remonta a unos cuatro mil años antes de su consolidación. En la región mesopotámica, la ciudad sumeria es la primera en tener un registro de escritura que datan hacia aproximadamente el 3300–3200 a.C. Aunque no existe una respuesta definitiva sobre por qué la escritura se desarrolló

tempranamente en la región, se sugiere que su desarrollo estuvo vinculado al nacimiento de las ciudades y a la necesidad de registrar movimientos económicos. El autor a su vez, realiza una periodización sobre la evolución del sistema escrito, desde los pictogramas y silabogramas iniciales hasta la escritura tal como la conocemos hoy.

En Mesopotamia, el cuneiforme fue el sistema de escritura predominante, en él se plasmaron sobre todo dos tradiciones lingüísticas: primero el sumerio y luego el acadio. Fenollos, sin embargo, no se limita a estas dos, sino que destaca la diversidad lingüística de la región, deteniéndose en otras lenguas como el Amorreo, el Ugarítico, el Arameo, etc. Estas lenguas fueron plasmadas en materiales como el barro y la arcilla, aunque los textos más importantes se grababan en piedras duras o metálicas. Un hallazgo fundamental para el conocimiento de la escritura mesopotámica fue la biblioteca de Nínive, en Asiria, donde se encontraron cerca de treinta mil fragmentos de tablillas cuneiformes. Entre ellas figuran obras monumentales como El Poema de Gilgamesh y El Poema Babilónico de la Creación, a los cuales el autor dedica apartados específicos dentro de este capítulo.

Por último, ofrece un acercamiento particularmente interesante al mundo de los escribas, narra con detalle su formación, las etapas de aprendizaje y los distintos ámbitos en los que podían ejercer, dependiendo de su empleador. Aunque la mayoría de los escribas eran hombres, el autor destaca la existencia de algunas mujeres que lograron desempeñarse en esta profesión.

En lo que respecta a la religión, analizada en el capítulo siete, el autor destaca que esta surgió como un proceso gradual de integración de creencias, mitos y divinidades. La religión mesopotámica, por tanto, no se caracterizó por la exclusión, sino por su capacidad de incorporar nuevas deidades con el paso del tiempo. A diferencia de las religiones contemporáneas, cada aspecto de la vida cotidiana estaba asociado a un dios específico, lo que hacía que toda la existencia estuviera impregnada de sentido religioso. Además, la relación con las divinidades no se basaba en el amor o la devoción, sino en el temor y el respeto, ya que, según su cosmovisión, los seres humanos habían sido creados con el propósito de servir y atender a los dioses.

Cada ciudad tenía su divinidad principal con su respectivo templo, concebido no como un espacio de congregación de fieles, sino como la casa del dios. El dios “vivía” allí: se le vestía con ropas y joyas, se le ofrecía comida y bebida, y de acuerdo a la festividad era sacado a pasear por la ciudad. El bienestar de la localidad dependía de la relación armónica entre el dios y el rey, por lo tanto, el cuidado del dios y otorgarle una gran residencia fue fundamental.

En este mismo capítulo, se dedica una sección especial a los *zigurats*, pilar arquitectónico y simbólico de la religiosidad mesopotámica. Estas construcciones escalonadas, representaban el vínculo entre el cielo y la tierra, conectando el mundo terrenal con el divino. No obstante, el autor advierte que aún comprendemos de manera parcial su verdadero significado. El más famoso de ellos es el zigurat de Babilonia, que la tradición bíblica relaciona con la Torre de Babel. Fenollos analiza este monumento, su historia, sus posibles funciones y las múltiples interpretaciones e imágenes que han surgido de él a lo largo del tiempo.

El capítulo octavo está dedicado a la muerte, la última de las “maravillas mesopotámicas”. En la región del Tigris y el Éufrates la muerte fue entendida de forma pesimista y temerosa. Se la percibía como un destino inevitable, impuesto por los dioses. La muerte era la partida hacia un mundo oscuro y desconocido del que nadie regresaba. Esta concepción queda reflejada en la Epopeya de Gilgamesh, relato al que el autor recurre para ilustrar el deseo de inmortalidad del ser humano: el rey de Uruk, incapaz de aceptar su destino, emprende una búsqueda para descubrir cómo vencer a la muerte.

A su vez, se realiza un minucioso repaso por los distintos modos en que los mesopotámicos enfrentaban el final de la vida. La tumba era concebida como una puerta o escalera hacia el mundo inferior, y el entierro constituía una etapa esencial en ese tránsito. Los cuerpos eran inhumados con sus objetos personales y alimentos, destinados a acompañar al difunto en su viaje. Por otra parte, la memoria del fallecido debía mantenerse viva, y para ello existían rituales y costumbres específicas.

Desde la perspectiva arqueológica, Fenollos dedica un apartado particularmente atractivo al *Cementerio Real de Ur*, uno de los hallazgos más significativos para comprender las concepciones mesopotámicas sobre la muerte. Allí se descubrieron alrededor de mil ochocientas tumbas, muchas de ellas acompañadas por ajuares y restos de ofrendas, testimonios de las creencias descritas anteriormente.

Finalmente, el capítulo nueve, titulado “El futuro de un legado excepcional”, funciona como cierre y reflexión general de la obra. Fenollos adopta aquí un tono más contemporáneo y comprometido, invitando al lector a pensar en la fragilidad del patrimonio arqueológico mesopotámico y en la urgente necesidad de su preservación. Advierte que los vestigios de esta civilización, se encuentran hoy bajo amenaza por intereses religiosos, políticos y militares. Su mensaje es claro: frente a la destrucción y el saqueo, la única respuesta posible es la cooperación internacional y el reconocimiento de que este legado pertenece a toda la humanidad.

En síntesis, Juan Luis Fenollos y la descripción de sus 7 maravillas mesopotámicas nos invita a indagar sobre nuestra propia humanidad en el Tigris y el Éufrates. A través de sus nueve capítulos, el autor reconstruye con precisión esta región combinando constantemente historia, arqueología y literatura en cada uno de los párrafos. Cada “maravilla” es presentada de forma amena y con un relato envolvente, invitando a lectores especializados en el tema o personas que hacen sus primeros acercamientos a la historia de esta región a adentrarse en el mundo mesopotámico. A su vez, finaliza con un llamado a la acción para conservar los restos de estas sociedades, a las cuales les debemos mucho más de lo que nosotros creemos.